



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—Un Suspiro á mi Cielo (poesia), por doña Maria del Pilar Sinués de Marco.—Contra Soberbia Humildad (continuacion).—Julia (Historia de unos amores), por don Pablo Ortiga Rey.—Aglæ, por don Rafael Monares Insa.—Modas.—Explicacion del grabado de Labores.

INSTRUCCION.

Siguiendo la piadosa costumbre que hemos observado los años anteriores, vamos á escribir de lo que hoy preocupa en todo el Orbe cristiano, del aniversario que celebra la Iglesia, refrescando en nuestra imaginacion los padecimientos y muerte de Jesucristo; aquella pasion sin igual, que el Hijo de Dios tomando carne, vino á sufrir entre los hombres, solo por el amor que les tenia y por su gloria.

Aunque no viéramos á Jesus con la divinidad que le rodeaba, ¿quién puede presentar sufrimientos tan crueles por el bien de la humanidad? ¿Quién derramó su sangre tan voluntaria y gustosamente por lavar con ella la mancha del pecado? ¿Quién sufrió una muerte tan acerba; y siendo tan jóven! por rescatar á los hombres de su servidumbre?

Solo Jesus. Entonces que se derramaba la sangre de los animales para aplacar la ira de los dioses, entonces que, como dice San Pablo en su Epístola á los Hebreos: «Si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza esparcida de la ternera, santificaba á los impuros, limpiándoles la carne, ¿con cuánta mas razon, la sangre de Cristo, el cual

por el Espíritu Santo se ofreció asimismo immaculado á Dios, limpiará nuestra conciencia de las obras de la muerte para servir al Dios vivo?»

Aquel inmenso sacrificio por la humanidad; aquella abnegacion sublime, no tenia otro término que la muerte. Pero si moria para la tierra, resucitaba para el cielo. Y por tan inmarcesible gloria, sufría los tormentos que se causaban á su cuerpo y á su espíritu; siendo para él menos los que tocaban á la carne que los que llegaban á su alma, que le causaba el dolor de su Madre, aquel dolor que solo sienten las madres, que solo puede comprender un hijo.

Y aun habia sin embargo quien le despreciaba; aun habia quienes le arrojaban piedras porque revelaba lo que pronto sucedió. Siempre tiene que combatir la verdad cuando trata de desvanecer el error; pero luce al fin, pareciéndose al astro que va disipando la oscura niebla que trata de ocultar su brillo, y se ostenta mas esplendente despues de rasgar el denso velo que se interponia, y que huye en girones.

Así apareció tambien la doctrina de Jesus, del cordero inmolado.

Y si la sociedad honra el aniversario de la muerte de sus héroes, ¿con cuánta mas ra-

zon- debemos honrar la memoria del Salvador del género humano?

Por esto redobla ahora la Iglesia el duelo que comenzó con la Cuaresma; y para hablar á la debilidad de nuestros sentidos, elimina de sus oficios todo lo relativo á su alabanza, y á la alegría de la santa asamblea: cubre con un velo sombrío la cruz de los altares, y las imágenes de los santos, y se viste adornos de luto para llevarnos así mas á la consideracion de la muerte; para reconcentrar mas nuestro pensamiento en nuestra conciencia, y para que conozcamos lo pequeño de nuestro trabajo por servir á Jesus, comparado con su impar sacrificio por servirnos.

A. Pirala.

LITERATURA.

UN SUSPIRO Á MI CIELO.

¿Dó estás, dorada cuna de mi infancia,
Suelo querido donde abrí los ojos?
Dónde está de tus flores la fragancia
Y de tu puro sol los rayos rojos?
Yo lloraba en mi cándida ignorancia
Creyendo en tus jardines ver abrojos,
¡Y hoy te envió mi canto de tristura
Recordando tu espléndida hermosura!

¡Ah, quién me diera ver un solo día
Tu cielo azul y tu tranquila luna,
Mirar de tus praderas la alegría
Y sus flores besar una por una!
¡Oh, quién me diera ver la selva umbría
Y las aguas mirar de la laguna
Dó reflejan las límpidas estrellas
Con tímido fulgor sus luces bellas.

¿Dónde estais bosques frescos y floridos,
En que al pié de los sauces tembladores
De la tórtola oía los gemidos
Y el trino de los pardos ruiseñores?
Fronchosos olmos, dó formaba nidos,
Abrigo de los pájaros cantores.
¡Cuántas veces ¡ay Dios! recuerdo ahora
Vuestra apacible sombra bienhechora!

El estrecho aposento en que velaba
Escribiendo mi pobre poesia;
El Crucifijo que á los piés estaba
Del blanco lecho donde yo dormia:
La péndola que lenta señalaba
Las largas horas de la noche fria,
La lámpara que ardía dulcemente
Iluminando mi tranquila frente:

El ramo humilde, que al cruzar el prado
Cortaba en el paseo matutino,
Y que en un ancho vaso colocado
Me daba su perfume peregrino:
El pez que se movía aprisionado,
De mi pintado jilguerillo el trino,
Y la yerba nacida en mi ventana
Que entre las grietas renacia ufana.

Todo vive indeleble en mi memoria
Como en los días de mi edad primera,
¡Dulces recuerdos de mi triste historia!
¡Flores de mi apacible primavera!
¡Qué vale, ay Dios, la suspirada gloria!
Ante vosotras pálida quimera
Es el verde laurel, que enontananza
Columbraba entre nubes de esperanza.

Solo hay un metéoro que oscurece
Vuestra cándida luz consoladora:
Todo esplendor ante la luz perece
De esa radiante antorcha brilladora.
Así como la luna desaparece
Cuando el hermoso sol los campos dora,
Os eclipsa el inmenso poderío
Del amor que atesora el pecho mio.

Amor! suave y ardiente fantasia,
Aérea, vaporosa y encantada!
Embriagadora y dulce melodía,
Selva escondida de placer velada!
Fuente azulada donde el alma mía
Va su sed á saciar enagenada,
Centella de los cielos desprendida
Para consuelo de la humana vida.

Amor! sér de mi sér! esencia pura
De todo cuánto bueno en mí atesoro!
Origen de mi fé, de mi ternura,
Dulce sonrisa de mi triste lloro!
Ídolo de magnífica hermosura
A cuyas plantas sacrifican oro,
Gloria y poder los orgullosos hombres,
Y hasta los timbres de sus claros nombres!

Ante tí se adormecen las memorias
Que me fueron mas caras otros días :
Para mí, son las dichas ilusorias,
Si no emanan de tí mis alegrías;
Muertas mis esperanzas, transitorias :
Heladas mis creencias y sombrías....
Mi amor, mi patria es, mi luz, mis flores.
¡ Dios bendiga al amor de mis amores !

MARIA DEL PILAR SINCÉS DE MARCO.

Madrid, Febrero de 1856.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

NOVELA ORIGINAL.

(Continuacion.)

VI.

LA HORA DE DIOS.

« Hé aquí la esclava del Señor.
Hágase en mí segun tu palabra. »
(Angelus.)

Inés encontró abierta de par en par la puerta de su casa, cosa que á la verdad no la sorprendió, porque nada mas regular que aguardarla con la puerta abierta, aunque se hubiese detenido algo en el camino.

Habia sin embargo un silencio que la inquietaba, y se detuvo en el portal reflexionando en la causa de su pena, que bien mirado, era muy natural, teniendo que dar á su padre una noticia tan desagradable.

Pasados algunos instantes, le pareció notar en medio de aquel silencio, un gemido sofocado, y se lanzó con precipitacion á la salita que ocupaba su anciana madre paralítica.

El espectáculo que se ofreció á sus ojos la heló de espanto.

En un rincon de la sala, percibíase á la escasa luz de una lamparilla, el padre de Inés, que cubierto el rostro con ambas manos, parecia entregado á la mayor desesperacion, en tanto que la anciana, medio incorporada en el lecho, cruzaba las manos levantando los ojos al cielo como para pedirle ayuda. La fiel criada, anciana tambien, lloraba con desconsuelo al pié de la cama de la enferma.

—Gran Dios! exclamó Inés, luego que logró reponerse de su sorpresa, ¿qué ha sucedido aquí? hablad, padre mio, hablad por Dios.

El anciano por toda respuesta se arrojó en sus brazos y quiso hablar, pero no pudo pronunciar una palabra.

—¡Hablad, hablad, madre mia! repitió Inés asustada, olvidándose de la imposibilidad de recibir respuesta.

La anciana que conservaba el oído, hizo un esfuerzo supremo para responder, y prorumpió en el triste llanto de la impotencia.

—Pobre madre! murmuró Inés, pero al fin, decidme, por Dios, qué es lo que teneis.... yo me ahogo.

—Es, respondió su padre con voz entrecortada, que muy pronto, tal vez mañana, tendremos que mendigar el sustento para no morir de hambre.

—Nosotros! de hambre nosotros! exclamó Inés con un acento imposible de describirse con la pluma.

—Si, hija mia, de hambre... nosotros, tan bien acomodados... Es un secreto que habia querido ocultaros.... pero al fin tu pobre madre lo ha sabido de una manera terrible.... Oh! ha estado á punto de morir de susto.

—¿Pero porqué? yo no podré nunca creeros culpable.

—Sí, hija mia, soy culpable para con vosotros, porque la generosidad es tambien una culpa, cuando comprometemos con ella los intereses de nuestra esposa y de nuestros hijos. Oyeme Inés, y quiera Dios cerrar mis ojos para siempre, antes de que yo te vea verter una lágrima por la mediana fortuna que hoy, aunque con pesar, te arranco de las manos. Sí.... porque ya eres pobre, hija mia.

Inés por toda respuesta se inclinó sobre la áspera mano de su padre y la besó con respeto.

—No me será posible hacerte ahora una relacion exacta de todo lo sucedido, porque me siento desfallecer; pero bástete saber, que confiado en la probidad de uno de mis amigos, persona bien acomodada y de una honradez reconocida, ofrecí todos mis bienes como garantía del empleo con que se le acababa de agraciarse, y ese amigo, ese hombre respetado hasta ahora por su moralidad, se ha fugado, llevándose los fondos que se le habian confiado, quedando yo como única persona responsable. En vano fué que la justicia emplease todos los medios imaginables para descubrir su paradero, en vano que yo tratase de prorogar la catástrofe que me amenazaba. El término espiró, y apenas habias tú salido de casa esta mañana, cuando entraron en ella los ejecutores de la ley, que confiscaron todos nuestros bienes y sellaron nuestras arcas, emplazándome á comparecer mañana ante el tribunal....

Ay! qué será de mí! ¡qué será de ti, hija mía, y de tu pobre madre!

—Pero todavía tenemos un medio. Animáos padre mio, que Dios nos salvará.

—Un medio.... no lo encuentro.

—Oh! un medio seguro, respondió Inés con alegría..... venderémos la casa y nos iremos á vivir con mi madrina.

—Ah! exclamó el anciano con el acento de la desesperacion, déjame morir rodeado de las sombras de mis mayores que están fijas aquí... en estas paredes.

—¡Entonces estamos perdidos! respondió Inés cruzando las manos y dejando caer los brazos con tristeza.

—Sí... perdidos; porque ¿para qué nos servirá ese dinero que tú has cobrado hoy? ¡es tanto lo que hay que pagar!

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

JULIA.

RETOYERIA DE UNOS AMORES.

(Continuacion.)

IV.

Hemos dicho que Julia solo habia visto á Alberto una ó dos veces, pero nos hemos olvidado de añadir que no habia hablado ni una sola palabra con él.

Si las mujeres gozaran de la libertad que el hombre se ha dado á sí mismo para revelar su pensamiento, Julia hubiera declarado al objeto de su amor la pasion que por él sentia; pero el pudor prohíbe á la mujer espresarse en otro idioma que en el tácito, aunque significativo de las miradas. Verdad es que el lenguaje de los ojos manejado por la mujer suele tener el capricho de mentir con demasiada frecuencia; pero, no nos metamos en otra digresion que indudablemente nos conduciria á un terreno en el que no queremos penetrar.

Alberto aunque las habia observado, no se habia detenido en las miradas de Julia. La mano férrea de los desengaños primero, y despues la del crimen, habian tan herméticamente cerrado el pecho de aquel hombre á toda impresion afectuosa, que no pudo contar en los ojos de Julia las salvadoras

gotas del bálsamo que el cielo le mandaba para cerrar sus heridas; le fué imposible conocer en el rostro de aquella niña al ángel, que Dios compadecido le enviaba para regenerar su vida, para abrirla una era de felicidad y de inefables goces.

No tardó mucho en presentarse ocasion á Julia para hablar á su satisfaccion con Alberto.

El Carnaval abria las puertas de los salones y de los teatros á la juventud bulliciosa, á esa juventud sedienta de placeres, ávida de sensaciones, que cual un torrente que se desborda, todo lo llena, todo lo invade envuelto el cuerpo en negros capuchones, y el rostro en doble máscara de seda y de sarcasmo.

Jóvenes y alegres todas las amigas de Julia, un dia determinaron asistir al baile que en aquella noche debia tener lugar en el Teatro Real, pero fué condicion únanimemente manifestada que Julia habia de acompañarlas.

Trabajo inmenso costó á la juvenil turba arrancar un permiso que tiempo despues hizo verter lágrimas de dolor y desesperacion á los padres de Julia, pero la fatalidad que pesaba sobre Alberto luchaba por unir con sus descarnados dedos á la suerte de éste la suerte de aquella desventurada niña.

Julia se preparó pues para asistir al baile, y nosotros la vimos cuán bella estaba engalanada con los adornos del disfraz.

Ay! nunca lucen con mas belleza las galas de la mariposa, que cuando inocente viene á morir en la llama que con su brillo la fascina, y en cuyo derredor se agita, y se revuelve y revolotea. Tambien las víctimas que se engalanaban en los tiempos del paganismo estaban bellas, y su belleza se sacrificaba en los altares de los falsos dioses.

V.

Brillantes estaban los salones del Teatro Real la noche en que nuestra amiga Julia para su mal traspasó los umbrales del suntuoso coliseo, oculta en un ancho capuchon de tupido y aristocrático raso.

Multitud de luces alumbraban aquel lugar dó reinaba la animacion, el desórden y la alegría. Aquel inmenso número de luces, y aun muchas mas, es siempre necesario para ver, aunque con suma dificultad, lo que pasa en el corazon de un enmascarado.

Millares de parejas, libremente asidas del brazo discurrían con trabajo por entre aquella masa oscilante, fatigada, ébria por el placer y el cansan-

cio. Otras, en rápidos y voluptuosos giros, marchaban lanzadas por su entusiasmo y dirigidas por los apresurados acentos de la música, cual marchan las hojas de los árboles que arranca y arrastra en su camino la mano del huracán.

Dos hombres sin embargo, á juzgar por la glacial espresion de su semblante parecian indiferentes á la general animacion. Nuestros lectores conocen á uno de ellos: era Alberto. El otro, llamado Jorje, era un amigo suyo, compañero fiel en indiferentismo, en los vicios y los crímenes del primero.

—Con qué dices que no te diviertes?

—Absolutamente nada.

—Y dónde quieres que nosotros encontremos diversion, Jorje?

—Tienes razon, Alberto: en ninguna parte.

—Para nosotros no hay ya diversion posible.

—A los treinta años tener agotada la vida, cuando todo debia ser vida para nosotros.

—Te pesa el haber vivido antes y con mas prisa que lo que vive la generalidad de los hombres?

—Nunca, Alberto. Un solo minuto de nuestra vida pasada vale por un año de nuestra vida presente, por un siglo de nuestra vida futura.

—Muy larga te la prometes por lo que veo.

—No será por el grande cariño que la tengo. Casi blanca la cabeza y negro por completo el corazón, nuestra estancia sobre la tierra solo puede tomarse por una plaga que pesa sobre la humanidad, ó por un olvido del diablo en trasladarnos de éste al sitio de su morada.

—Qué juventud la nuestra, Jorje!

—Juventud dichosa, Alberto. Juventud amantada con nuestras lágrimas; arrullada luego por el ruido de las orgías y el canto de las bacantes; robustecida despues por un catálogo de crímenes, y adormida ahora por los lamentos de nuestras víctimas, cuyos quejidos, escapados de los sepulcros que las encierran, forman en nuestro oido un coro infernal y disonante.

—Ya lo creo, cómo que hay voces de todos géneros: tiples, bajos, barítonos, tenores.... Mira, Jorje, vamos á matar ese ruido con el que produce el choque de las copas en nuestras manos.

—Dices bien, con eso brindaremos por la máscara del capuchon negro con cintas azules.

—Si será algun vestigio salido de los antros del infierno? No estaría mala la broma.

—No: debe ser jóven á juzgar por el timbre de su voz, y bella y pudorosa á ser cierta la inseguridad de sus palabras.

—Pobre tórtola.

—La compadezco. ¿Y piensas asistir á la cita por supuesto?

—A las cuatro estaré en el sitio designado. Quiero seguir esta aventura hasta su fin.

—Pues mira son las tres y media, dijo Jorje consultando su reloj, con que vamos á ocupar esta media hora en escuchar el ruido de las copas.

—Vamos allá.

Y nuestros dos hombres cogiéndose del brazo, partieron en direccion á las salas del café.

(Se continuará.)

PABLO ORTIGA REY.

AGLAE.

(A mi hermano Miguel.)

I.

Es el 15 de Febrero de 1856.

Va á espirar el día: estoy solo y la luz del crepúsculo vespertino me acompaña sola en mi meditación.

Recuerdo que hoy es el aniversario de un día que forma eco en el album de nuestros recuerdos: siento en el pecho el deseo de tributarle un pensamiento: y me agito y vacilo, y sueño en los días del pasado.

¿Le aceptarás si te le dedico escribiéndole?

Creo que sí: yo trazaré breves renglones á su memoria, tú los conservarás como prenda de mi cariño.

II.

Hace dos años viajábamos juntos.

Te acuerdas?—A tu lado se hallaba sentada una niña de diez y siete años, pálida y melancólica cual la imágen de la tristeza.

El camino era pesado: llevábamos andada la mayor parte cuando aun no habíamos cambiado palabra alguna: y en torno nuestro reinaba un silencio nada natural entre los compañeros de una diligencia.

Creí que aquella mujer habia traído consigo no sé qué cosa que nos causaba religiosidad y asombro.

Sin embargo, dirijila la palabra:

—Incomoda á Vd. el polvo del camino? Si es así, cerrará mi hermano la persiana.

—No, gracias, estoy bien.

Esto respondió, y en sus labios dibujóse una sonrisa de dulzura inmensa.

Entonces varíe de parecer: creíala un ángel, y la admiré con placer indecible.

Sin embargo, pronto tuve un sentimiento profundísimo: observé que tosía repetidas veces, y en una de ellas llegué á descubrir pequeñas manchas de sangre en su pañuelo.

Apenas fui dueño de mí mismo:

—Señorita!... exclamé pálido de terror.

—Qué?... me preguntó con una candidez admirable.

—Qué!... pues no ha visto Vd. que lleva teñido en sangre el pañuelo.

—Ah!... sí.

El tono de su voz acabó de conmoverme; trémulo volví á repetirla:

—Acaso se ha lastimado Vd. los labios?...

—Los labios!... No. Esta sangre viene de otra parte.

Ya no me quedaba duda: aquella mujer viajaba sin duda para contrarestar su enfermedad: se hallaba dañada del pecho.

Entonces la observé profundamente: sus labios trémulos y lividos, su vista cristalizada, y su respiración penosa, me hicieron conocer que su enfermedad era mas grave de lo que ella creía.

Decidíme y la ofrecí mi apoyo durante el camino. Al hacerlo la hube de decir mi nombre.

—Cómo, es Vd.... me dijo.

—El mismo, señora.

—Ah! Vd. *también* ha padecido mucho.

Chocóme la palabra *también*, y mas aun, que aquella mujer pudiese conocerme.

—Yo!! por qué?

—Ay!... no há mucho he leído una novela de Vd. y lo he adivinado en sus capítulos.

—Cómo!...

—Sí, sí, lo he adivinado. En vano trataría Vd. de ocultarlo.

No sé porqué me interesó aquella mujer.

—Tiene Vd. razon, le dije: yo he sufrido mucho, pero Vd. *también* sabe lo que es el dolor.

—Yo! por qué?

—Vd. misma lo ha dicho.

Entonces calló.

Yo la supliqué, la rogué, la volví á supli-

car, y por fin logré que me confiase sus pesares.

Nuestras almas padecían: Dios las había juntado una vez siquiera para que pudiesen comprenderse.

III.

¿Te acuerdas, hermano, de la historia que nos contó?

Sí; debes acordarte, porque como á mí te causó una impresión harto dolorosa.

Aglæ, que así se llamaba la niña, tenía diez y siete años: sus ojos eran negros como la noche, y sus facciones de un blanco mate, que parecía robado á una estatua.

Aglæ, lloraba y era desgraciada; porque Aglæ había amado y sabía lo que era padecer.

Sus sueños de amor fueron á los quince años para un hombre: y para él su pensamiento, su esperanza y su cariño.

Pero Aglæ era pobre: y el hombre de su amor, llevado en alas de la ambición había imaginado que aquella mujer no era digna de ser amada.

Las ilusiones de los años primeros habían desaparecido: y la sed de un nombre, de una posición y de un título habían bastado para hacer olvidar sus juramentos y sus promesas, su entusiasmo y su amor.

Aglæ le había perdido, y cada día llevaba hacia el sepulcro una porción de su existencia: le había visto ser de otra ante el ara de Dios, y desde entonces la vida le había sido insufrible.

Aglæ solo lloraba: Dios en tanto compadecido de su existencia la acortaba á pasos agigantados.

Era en fin, la víctima sacrificada ante el espíritu de la sociedad: la Virgen, que deja el suelo para ascender á la región de sus hermanos, los ángeles de Dios.

IV.

—Y dónde vá Vd.? la pregunté cuando concluyó.

—Voy á A....

—Sola.

—Sí... sola... voy recomendada al conductor. En este instante le dió un ataque de tos y se fatigó extraordinariamente.

—Va Vd. con el objeto de aliviarse? le pregunté de nuevo.

—Sí; voy á casa de mi tío, el cura del pueblo.

—Pues qué no tiene Vd. padres?

—No, soy huérfana.

Yo contemplé otra vez á aquella mujer sublime: pero ella volvió la vista hácia mí, y yo debí ruborizarme al bajarla.

La miraba con la religiosidad que á una Virgen en un altar.

—Y Vd.? me preguntó Aglae.

Entonces la referí el objeto de mi viaje, y la prometí volver á verla á mi regreso.

—Volverá Vd. pronto?

—No lo sé aun: será probable.

—Y va Vd. muy lejos?

—Si, voy á L....

Aglæ calló y suspiró imperceptiblemente. El nombre que acababa de pronunciar despertaba en su corazón millares de recuerdos.

Yo callé también: asomé la cabeza por la portezuela, y mi vista se perdió en las nieblas de la última luz de la tarde.

La escena que habia presenciado, y la historia que Aglae me habia referido, me entristecieron, y la tristeza despertó también un mundo de recuerdos que yacían olvidados algunas horas.

Pensé en *ella*.

—Quién era?

Ella era la mujer de mi amor: la vida de mi alma; el alma de mi corazón.

Entonces tuve envidia de Aglae: hubiera querido poder robarle el alma que atesoraba para colocarla en la mujer que absorbía mi pensamiento.

Volvi la cabeza, y la miré por centésima vez: Aglae comprendió sin duda la belleza de la hora en que estaba, se hallaba abstraída también.

Sus labios temblaban ligeramente. ¡Aglæ oraba!...

V.

La mañana siguiente fué una mañana fatal.

Aglæ habia pasado una noche cruel, y en sus primeras horas habia sufrido repetidos ataques á cual mas fuertes.

Yo era presa de una pesadilla cruel: veíala morir, y sin embargo no podía creer que Dios quitase la vida á semejante criatura.

Durante el día todo le prodigué cuantos cuidados exigía su disposición: luego descendió la noche, y espiró en el día siguiente.

Nos restaban dos de camino.

VI.

Era el 15 de Febrero.

Aglæ hacia dos días estaba agravadísima, casi á punto de morir.

Nos faltaban dos horas para llegar al pueblo donde se dirigía.

Yo ansiaba el momento de la llegada: temía encontrarme solo, frente á frente con la muerte.

Sin embargo, perdía las esperanzas: cada minuto que pasaba dejaba la huella de la muerte en su semblante: á cada segundo su situación era peor, y mas agitadas sus convulsiones, y su tos mas seca y desgarradora.

Así pasaron las dos horas mortales.

Llegamos al pueblo.

Aglæ bajó del carruaje; pero no era ya la mujer de hacia tres días: era su sombra, llevando en la frente la sombra de la existencia terminada.

VII.

Cuatro horas despues Aglae me llamaba á su lado. No me engañaba: Aglae iba á morir.

Llegué á su lecho, y estático me quedé contemplándola.

Aglæ no era la mujer que hacia breves horas habia yo bajado en mis brazos: Aglae habia vuelto á ser la primitiva mujer, con toda su poesía y su belleza.

Eran las doce de la noche: la luz ténue de una bujía reverberaba en las cortinas de su lecho, y en su frente se dibujaba una colección de sombras indefinidas y vagas á la vez.

Cualquiera hubiera dicho que eran sus pensamientos postreros. Hé aquí lo que me dijo:

—Quiero que sea Vd. mi amigo, siquiera por breves momentos. Si pudiera volver á amar, nadie mas que Vd. poseería mi cariño...

—Señora!....

—Pero es imposible. Le amo siempre! Siempre á él!... En cambio de mi amistad, solo exijo de Vd. un recuerdo: yo desde arriba recordaré también.... nuestra...

La voz de Aglae se apagaba.

—Adios.... murmuró.... un pensamiento.... yo... también... desde allá...

No pudo hablar mas.

Estrechó mi mano y dejó en ella un objeto.

Era un anillo.

Aquel anillo era el emblema del desposorio fraternal de dos almas: el sello de la desgracia.

VIII.

Aglæ está en el cielo.

De vez en cuando yo, desde la tierra, le consagro un pensamiento cariñoso y dulce: Aglae era mi hermana.

Esta historia me la he referido muchas veces á mi mismo y en mi misma imaginacion: en el mudo lenguaje del pensamiento.

Hubiera querido referirla á otra mujer para enseñarla á sufrir: para convencerla á adorar.

Sin embargo he temido profanarla.

Solo hoy, he trazado estos renglones, recuerdo de aquel día: pero estos renglones, no saldrán del lugar en que están escritos.

Miento!... Hay junto á ellos un objeto cuya historia es la historia de ellos mismos, y este objeto es el anillo de Aglae, la proyeccion de un pensamiento triste, el emblema del desposorio fraternal de dos almas hermanas!...

RAFAEL MONARES INSA.

MODAS.

La espectacion de la primavera, y la severidad de la Cuaresma son dos causas bastante poderosas, que influyen notablemente en la paralización de la Moda. Ciertamente es que esta pecadora no es tan austera en su penitencia, que se despoje por completo de sus galas profanas, pero como le faltan ocasiones en que lucirlas, se contenta con presentarse en los paseos con trajes ya conocidos, esperando que París, el gran centro de la Moda, estienda por todo el mundo civilizado sus boletines para la campaña próxima.

El paseo de Long-Champs es la solemnidad mas importante del año para la Moda: en ninguna otra época ofrece tanta variedad ni elegancia. Como en el presente se ha anticipado, quizá por esta circunstancia se retrase la aparicion de la Moda nueva, que este paseo está en posesion de inaugurar en los tres dias de la Semana Santa.

Nuestras lectoras recordarán la descripcion que del origen de esta costumbre popular hicimos en el año pasado. La poblacion de París, que ya no puede asistir á aquella Abadía, porque no existe, á oír las lamentaciones, conserva la costumbre de acu-

dir á aquel paseo, como Madrid la del Entierro de la Sardina. Los pueblos aman sus tradiciones.

Esperando que los periódicos parisienses nos traigan los detalles de aquella peregrinacion, que con la primavera anticipada que nos favorece deberá estar brillante, nos ocuparemos de los trajes de soaré y de teatro, que son los únicos que por el momento pueden llamar la atencion.

Los brochados y los rasos á la Pompadour son de una magnificencia sin igual: los primeros vienen con oro y plata, mezclados en su tejido: los segundos con disposiciones de pirámides de flores, de guirnaldas, ó de ramos sueltos, sembrados estos últimos entre anchas listas, que continúan siendo la novedad en los tejidos de este género.

En las telas ligeras las gasas con lama de oro ó plata, y las brochadas, imitando á blonda, son las que merecen la preferencia, con las tarlatanas de todos colores, cuyos volantes ostentan las disposiciones de los encajes mas delicados.

Para las telas de seda los volantes de blonda, ó de otros puntos, están muy en boga, y son los que continuarán, porque aunque son de muy buen efecto en los vestidos negros los volantes guarnecidos de terciopelo, con espumillon ó flequillo, pasada la Semana Santa, se harán ya pesados, para traje de calle y paseo.

Aunque las festividades próximas requieren mantilla, las deliciosas tardes que disfrutamos no nos permiten dejar de consagrar algunas líneas á los sombreros, complemento elegante del traje de paseo.

Continúan llevándose de ala muy pequeña, y ancho bavolet: se usan indistintamente la copa lisa y redonda, ó de forma echada atrás. Sus adornos varían, segun el gusto ó capricho de cada una.

AURORA PEREZ MIRON.

Explicacion del grabado de Labores.

Núm. 1. *Guarnicion* para enagua: bordada á la inglesa.

Núm. 2. *Dibujo* para mangas de hueco: bordado á la inglesa y realce.

Núm. 3. *Guarnicion* correspondiente.

Núm. 4. *Entredos* para puño de la misma.

Núm. 5. *Entredos*: bordado á la inglesa, y punto de Venecia.

Núm. 6, 7, 8, 9 y 10. *Nombres*: bordados diferentes.